

A María Santísima, Reina de los Apóstoles, confío cada una de sus diócesis, y a ustedes les imparto de todo corazón una afectuosa bendición apostólica, que extendo a los sacerdotes, a los religiosos, a las religiosas, a los seminaristas, a los catequistas y a todos los fieles laicos, en particular, hoy, a los miembros de los movimientos eclesiales y de las nuevas comunidades presentes en las Iglesias confiadas a su cuidado.

*Benedicto XVI*

(<http://www.evangelizatio.org/portale/adgentes/pontefici/pontefice.php?id=1123>)

## Audiencia a los obispos participantes del Seminario de Estudio promovido por el *Consejo Pontificio para los Laicos* (17/05/2008)

En la Sala del Consistorio del Palacio Apostólico Vaticano, el Santo Padre Benedicto XVI recibe en audiencia a los obispos participantes del Seminario de Estudio promovido por el *Consejo Pontificio para los Laicos*, y les dirige las siguientes palabras:

### DISCURSO DEL SANTO PADRE

Señores cardenales, venerables hermanos en el episcopado y en el sacerdocio, queridos hermanos y hermanas.

Tengo el gusto de encontrarme con ustedes con ocasión del Seminario de Estudio convocado por el *Consejo Pontificio para los Laicos* para reflexionar sobre la solicitud pastoral hacia los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades. Agradezco a los numerosos prelados que quisieron asistir, provenientes de todas partes del mundo: su interés y su viva participación han garantizado el pleno éxito de los trabajos, llegados ahora a la jornada de clausura. Dirijo a todos los hermanos en el episcopado y a todos los presentes un cordial saludo de comunión y de paz; en particular saludo al señor cardenal Stanisław Ryłko y a mons. Josef Clemens, presidente y secretario del Consejo respectivamente, y a sus colaboradores.

No es la primera vez que el Consejo para los Laicos organiza un Seminario para los Obispos sobre los movimientos laicales. Recuerdo bien el de 1999, continuación pastoral ideal del encuentro de mi querido predecesor Juan Pablo II con los movimientos y las nuevas comunidades, ocurrido el 30 de mayo del año anterior. Como prefecto de la *Congregación para la Doctrina de la Fe* estuve envuelto en primera persona en el debate. Fue un modo de establecer un diálogo directo con los obispos, un intercambio franco y fraterno sobre muchas cuestiones importantes. El Seminario actual, análogamente, quiere ser una continuación del encuentro que yo mismo tuve el 3 de junio de 2006 con una amplia representación de fieles pertenecientes a más de 100 nuevas asociaciones laicales. En aquella ocasión señalé que en la experiencia de los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades se veía el “*signo luminoso de la belleza de Cristo, y de la Iglesia, su Esposa*” (cf. Mensaje a los participantes en el Congreso del 22 de mayo de 2006). Al dirigirme “*a los queridos amigos de los movimientos*”, los exhor-

taba a hacer de ellos siempre más “*escuelas de comunión, compañías en camino en donde se aprende a vivir en la verdad y en el amor que Cristo nos reveló y comunicó por medio del testimonio de los apóstoles, en el seno de la gran familia de sus discípulos*” (ibid).

Los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades son una de las novedades más importantes suscitadas por el Espíritu Santo en la Iglesia para hacer realidad el Concilio Vaticano II. Se difundieron justamente después de las sesiones conciliares, sobre todo en los años inmediatamente siguientes, en un período cargado de promesas que entusiasmaban, pero signado también por pruebas difíciles. Pablo VI y Juan Pablo II supieron acoger y discernir, animar y promover la imprevista irrupción de las nuevas realidades laicales que, de formas distintas y sorprendentes, volvían a dar vitalidad, fe y esperanza a toda la Iglesia. Ya entonces, en efecto, eran *testimonio de la alegría, la racionalidad y la belleza de ser cristianos*, y se mostraban agradecidos de pertenecer al misterio de comunión que es la Iglesia. Hemos asistido al despertar de un vigoroso impulso misionero, movido por el deseo de *comunicar a todos la preciosa experiencia del encuentro con Cristo*, entendida y vivida como la única respuesta adecuada a la profunda sed de verdad y de felicidad del corazón humano.

¿Cómo no darse cuenta, al mismo tiempo, de que tal novedad todavía espera ser comprendida adecuadamente a la luz del designio de Dios y de la misión de la Iglesia en las situaciones de nuestro tiempo? De hecho han habido numerosas intervenciones de llamada y de orientación por parte del Pontífice, quien entabló un diálogo y una colaboración cada vez más profundos a nivel de muchas Iglesias particulares. Han sido superados no pocos prejuicios, resistencias y tensiones. Queda por resolver la importante labor de promover una comunión más madura entre todos los componentes eclesiales, para que todos los carismas, en el respeto de su especificidad, puedan libre y plenamente contribuir a la edificación del único Cuerpo de Cristo. Aprecio mucho que como lema del Seminario haya sido elegida mi exhortación dirigida a un grupo de obispos alemanes en visita *ad limina*, que hoy vuelvo a proponer tal cual a todos ustedes, Pastores de tantas iglesias particulares: “*Les pido ir al encuentro de los movimientos con mucho amor*” (18 de noviembre de 2006). ¡Casi podría decir que no tengo nada más que agregar!

La caridad es el signo distintivo del Buen Pastor: ella vuelve influyente y eficaz el ejercicio del ministerio que se nos ha confiado. Ir al encuentro con mucho amor de los movimientos y las nuevas comunidades nos impulsa a conocer adecuadamente su realidad, sin impresiones superficiales o juicios reductores. Hasta nos ayuda a comprender que los movimientos ecle-

siales y las nuevas comunidades no son un problema o un riesgo más, que se añade a nuestras ya pesadas ocupaciones. ¡No! Son un don del Señor, un recurso precioso para enriquecer con sus carismas a toda la comunidad cristiana. Por lo tanto no debe faltar una acogida confiada que les dé su espacio y valore sus contribuciones en la vida de las Iglesias locales. Las dificultades o las incomprendiones sobre cuestiones particulares no autorizan a la clausura. El “mucho amor” inspira la prudencia y la paciencia. A nosotros los Pastores se nos pide acompañar de cerca, con solicitud paternal, en forma cordial y sabia, a los movimientos y las nuevas comunidades, para que puedan poner generosamente al servicio del bien común, en forma ordenada y fecunda, los muchos dones de los que son portadores y que aprendimos a conocer y apreciar: el impulso misionero, los eficaces itinerarios de formación cristiana, el testimonio de fidelidad y obediencia a la Iglesia, la sensibilidad a las necesidades de los pobres, la riqueza de vocaciones.

La autenticidad de los nuevos carismas está garantizada por su disponibilidad a someterse al discernimiento de la autoridad eclesiástica. Numerosos movimientos eclesiales y nuevas comunidades ya fueron reconocidos por la Santa Sede, y por lo tanto sin duda van a ser considerados como un don de Dios para toda la Iglesia. Otros, todavía en fase naciente, piden el ejercicio de un acompañamiento aún más delicado y atento por parte de los Pastores de las Iglesias particulares.

Quien está llamado a un servicio de discernimiento y de guía, no debe pretender enseñorearse sobre los carismas, y sobre todo que se cuide del peligro de sofocarlos (cf. 1 Tes 5,19-21): debe resistir a la tentación de uniformar lo que el Espíritu Santo quiso multiforme para contribuir a la edificación y a la extensión del único Cuerpo de Cristo, que el mismo Espíritu vuelve fuerte en la unidad. Consagrado y asistido por el Espíritu de Dios, en Cristo, Jefe de la Iglesia, el obispo deberá examinar los carismas y probarlos, para reconocer y valorar lo que es bueno, verdadero y bello, lo que contribuye al aumento de la santidad de individuos y comunidades. Cuando sean necesarias las intervenciones de corrección, que sean también expresiones de “mucho amor”. Los movimientos y las nuevas comunidades se muestran orgullosos de su libertad asociativa, de la fidelidad a su carisma, pero también han demostrado saber bien que la fidelidad y la libertad son aseguradas, y no ciertamente limitadas, por la comunión eclesial, de la cual los obispos, unidos al Sucesor de Pedro, son ministros, custodias y guías.

Queridos hermanos en el episcopado, al término de este encuentro los exhorto a que reaviven en ustedes el don que han recibido con su consagración (cf. 2 Tim 1,6). El Espíritu de Dios nos ayude a reconocer y cuidar las maravillas que Él mismo suscita en la Iglesia en favor de todos los hombres.